

ni satisfizo a Cisneros, dado el mal estado de las rentas pontificias y su mala administración, resolviendo entre todas las iglesias de Castilla NO PAGAR NI UN MARAVEDI.

También se opone a que el Obispado de Tortosa sea provisto por el Papa, en la persona de Adriano, y que el Pontífice concediese al Rey de Francia, que nunca luchó contra el moro, ciertas rentas de Cruzada que negaba el Rey de Castilla.

Otros graves y escabrosos negocios se presentaron al Cardenal relacionados con la Curia Romana y el gobierno eclesiástico: ¿no habían de pesar estas justas intransigencias como obstáculos en el proceso y causa de su beatificación? Todo sería muy posible.

31.--ACCIÓN CONTRA BERBERISCOS Y TURCOS

Durante su último gobierno realizó Cisneros activa campaña contra los piratas berberiscos y los turcos en defensa de las costas de la Península, que eran atacadas frecuentemente por aquellos pujantes y peligrosos corsarios, poniendo en práctica la política de conquista africana acariciada por San Fernando y por Alfonso el Sabio, y últimamente por los Reyes Católicos, preconizada por la gran Isabel en su famoso testamento.

Estas campañas no fueron tan singulares y milagrosas como aquella tan admirada conquista de Orán. En ellas hubo ocasiones en que vió sonreírle la fortuna, y también las hubo en que se le volvió de espaldas.

Los asuntos de Argel fueron los que más preocuparon al Regente con relación a Africa, y lo que vino a determinar la empresa contra los Barbarrojas, de los cuales el más temible era el famoso Horruch, una mezcla de "pescador esclavo, ganapán, criado, corsario, rey". Horruch Barbarroja era a la sazón el terror del "Mare Nostrum". En su correrías cautivaba naos atestadas de cientos de hombres, apresaba galeras del Papa, abordaba urcas y embarcaciones de pescadores, goletas y, en fin, toda clase de barcos chicos y grandes.

Cisneros lanzó en su persecución las galeras de que disponía, forzándole a retirarse al mar de Orán. Una vez allí, con terrible batería de máquinas de guerra, atacó a Bugia, plaza española, desbaratando los intentos de Barbarroja, y en donde el pirata perdió un brazo por una bala española, conociéndosele desde entonces como "Barbarroja, el del brazo cortado".

Una vez repuesto, volvió a atacar Barbarroja a Bugia, pero habiendo muerto entre ellos un hermano de Horruch, levantó de nuevo el sitio y se retiró.

Posteriormente hizo pactos con la ciudad de Argel, tributaria y protegida de España, pero con muchos deseos de sacudirse su tutela, por lo cual llamaron en su auxilio a los Barbarroja, que fueron recibidos con grandes regocijos, y Horruch fué hospedado en el mismo palacio del Dey Selim Eutemi, en pago de cuyas finezas, y con desprecio del pacto, el bárbaro Horruch asesinó al Dey, armándose algunas luchas que terminaron por proclamar Dey a Horruch, rompiendo toda relación con España. Esto ocurría en abril de 1516, siendo una catástrofe para la Cristiandad la toma de Argel por aquel audaz aventurero, que desde entonces, y con esa nueva aureola de salvajismo, repitió sobremanera sus robos y desafueros por el mar.

Cisneros, en vista de los acontecimientos, se preparó para defender con más ahinco las costas españolas, reforzando la armada que opuso al rey-pirata, y la plaza del "Peñón de Argel", defendida por un puñado de esforzados españoles hasta el heroísmo, mandados por Mosén Quint primero, y el capitán Negrilli después, tuvo que capitular por ser solamente un castillo aislado frente al puerto de Argel.

Reunidas en Cartagena naves y más de siete mil soldados, gente vagabunda e indisciplinada, mandada por el general Juan del Río, dieron vista a Argel el 29 de septiembre del año antes citado, atacándola de improviso Diego

de Vera el 30, divididas sus tropas en cuatro cuerpos. Vista esta disgregación por Horruch, cerca a los sitiadores, que huyen llenos de terror, perdiendo 3.400 hombres (42) entre caídos y prisioneros, reembarcando Vera, que se había ocultado en una gruta, y dejando malparado el nombre de España, no obstante sus anteriores triunfos en Orán e Italia, cantándole el pueblo que "con dos brazos no había podido vencer a Barbarroja, que sólo tenía uno".

Cuéntase que cuando recibió Cisneros la mala nueva, estaba departiendo con unos teólogos y, sin inmutarse lo más mínimo, dijo a los circunstantes: "Nuestro ejército de Africa ha sido vencido y deshecho, pero no hemos perdido gran cosa, pues España se ve libre de una taifa de audaces facinerosos, vagabundos y perdidos, que sólo eran capaces de turbar la tranquilidad pública, y de quienes la mayor parte, al fin, habían de acabar sus días en las manos del verdugo".

Pero, por otro lado, hay un diferente y notable aspecto de este asunto, por la gran divergencia que se halla entre lo que de aquella gente dijo el Cardenal y los elogios que de los mismos hacía Diego de Vera: "La gente viene desarmada e non trae otra falta que es mucha e buena la que viene en este exercito, en donde no hay un ombre que reniegue de Diós ni de su madre, ni de su ley, y por esto Dios nos ha de azer merced quanto más que iremos limpios de otras cosas". (*Vera y Cisneros*, Cartagena, 24 agosto 1516.)

Puede decirse que la infausta expedición de Argel, tan lamentablemente concluida, fué el único trance en que la suerte le volvió la espalda a Cisneros, sobre todo por sus equivocadas predicciones antes de la empresa, y por los no menos equivocados medios con los que creyó atenuar la derrota, perdiéndose para España la influencia y el protectorado en el Norte de Africa, no dejando de hostilizar los moros nuestros presidios africanos, repercutiendo incluso estos hechos hasta el Mediterráneo oriental, donde el Turco aumentó su pujanza y poder en el mar, alarmando a toda la Cristiandad del Papa León X.

La pujanza y soberbia de los Barbarroja, sobre todo Haradin, hermano de Horruch y tan bravo y feroz corsario como éste, tenían amedrentados a los pacíficos navegantes y a los habitantes de las costas de los reinos de Granada, Sevilla y sobre todo Almería, que era la más vulnerable por su situación y por su proximidad a la Alpujarra, donde estaban los mozárabes levantiscos, habiendo llegado los moros a hacer una incursión en Berja, cerca de Marbella, donde el 1.º de mayo de 1517 saltaron 300 de aquéllos, y ya se disponían a robar y asolarlo todo, cuando fueron destruidos por 40 ballesteros de la gente de Pero López.

Ya enfermo Cisneros, y en previsión de que Orán, su antigua conquista, cayese en manos de los corsarios, dió impulso a las obras de defensa. Pero por fin los turcos se dirigieron contra la plaza, y el Cardenal, ya muy postrado en La Aguilera, dictó nuevas disposiciones para la defensa de aquella ciudad al Marqués de Comares, su gobernador, encareciéndole que, dado el superior número de atacantes, que los de la fortaleza no salieran a luchar fuera, y que se limitasen a defenderse dentro del recinto, contando la tradición, más que los primitivos historiadores del Arzobispo, que como éste supo el aprieto en que se hallaba la plaza, púsose en oración, pidiendo encarecidamente a Dios que no la desamparase y que la diese el socorro divino, pues que las fuerzas humanas no bastaban; y que sin que se sepa por qué, los turcos levantaron el cerco casi huyendo. Según Alvar Gómez, aterrados los númidas de la ferocidad de los turcos, atacaron a éstos cuando se dirigían a Orán y los destrozaron, quedando sin más la plaza libre.

(42) El Cardenal escribía entonces que entre presos y muertos no pasan de mil personas, añadiendo que lo causó la codicia desordenada de la soldadesca, que más se afaná en robar que en pelear.

Se ha dicho que al armar Cisneros al pueblo iba buscando en ello dos fines: humillar a la nobleza por la fuerza y constituir un apoyo con el que ejercer la tiranía. Pero el Cardenal no fué déspota ni en doctrinas ni en procedimientos, ni fué partidario de la redención social por la lucha de clases, entonces desconocida. Tampoco fué enemigo de la nobleza, pero tuvo que oponerse al desbarajuste feudal, principal obstáculo al libre ejercicio de la autoridad central de los Reyes Católicos, que eran los que salvaguardaban la justicia y derechos civiles de todo el pueblo por medio del respeto a la Ley, poder que se apoyaba en la tradicional fuerza de los Municipios.

Ni grandes ni chicos fueron rechazados cuando siguieron la corriente centralizadora, sino cuando se opusieron a ella, y como los grandes eran los que tenían más arraigadas prerrogativas, fueron los que opusieron mayores resistencias, y por lo tanto, sobre los que Cisneros tuvo que ejercer y sentar su autoridad, dejando caer sobre ellos el peso de su justicia, casi siempre benévola, dándoles las últimas lecciones de una asignatura que los Reyes Católicos habían comenzado a enseñarles, pero que era muy difícil aprender para señores acostumbrados a salirse siempre con la suya en sus ambiciones personales, aunque tuvieran que pasar por encima de la corona, poniendo en peligro el edificio levantado por aquellos magníficos Reyes, y que ponían en trance de derrumbarse con aquellos alarmantes síntomas de descomposición, creyendo al mismo tiempo la soliviantada nobleza que, a la sombra de un hombre octogenario, recabaría el ascendiente y prepotencia de otras épocas, sin tener en cuenta ni convencerse que tenían que habérselas con un viejo, sí, pero de un más que vigoroso templado espíritu, el mismo que demostró tener en su reforma religiosa.

Pero las leyes y reformas, sin la fuerza que las haga cumplir, son irrisorias, y Cisneros creyó que el ejercicio del poder civil y la administración de justicia, son inseparables de la coacción, concibiendo y llevando a término, aunque con enormes dificultades, el genial entonces proyecto de crear el primer ejército permanente, SIN NUEVOS GASTOS PARA EL ESTADO.

El mérito y grandeza de este proyecto fué el ser concebido por un oscuro fraile en su fugaz regencia, darle forma y cuerpo en tan poco tiempo a lo que hasta entonces juzgaban los espíritus clarividentes imprescindible para mantener el orden público, y que nadie se atrevió a llevar adelante, mérito aún más agrandado dada la avanzada edad de Ximénez, llena de trabajos, escaseces y con los impulsos del genio en decadencia en otro anciano que no hubiera sido él. Pero su ánimo viril, percatándose de la bondad de la empresa, la puso por obra, estableciendo la Ordenanza en los primeros meses de su mando, dando el Real decreto a todos los pueblos de Castilla, constituyendo con este audaz golpe de Estado, por primera vez en Europa, un temible ejército permanente, con asentimiento del Rey don Carlos, contando el primer mes con más de 10.000 hombres reclutados.

Para crear Cisneros el ejército español se asesoró de un viejo y experimentado soldado de Avila, Gil Rengifo, Caballero de Santiago, valiente militar de su tiempo. Este, lo primero que propone para el buen éxito de la empresa es la meticulosa elección de la gente, que sea conocida y honrada, que no haya rufianes ni ladrones, sino gente escogida, infanzones de pro.

Las obligaciones de esta tropa eran las siguientes: Antes de partir a sus acciones guerreras, habían de confesar y comulgar, servir a su Cardenal fiel y lealmente; respetar en campaña las iglesias y las honras de las mujeres; morir todos juntos sin volverse ante ningún peligro que les venga, ni den espaldas a los enemigos, y aquel que lo cometiese, los otros habrán de darle muerte; que ninguno deser-

te, bajo pena de ser pasado por las armas, que si alguno armase motín o alboroto, y el que lo sintiere no le descubriese al capitán general, sea "fecho cuartos como traidor"; que ninguna noche duerman fuera de sus estancias, so pena de "seis tratos" de cuerda; que el que abandone la guardia o "sentinela", por primera vez se le den seis "estopadas de cuerda", y la segunda sea pasado por las picas. Además, se hace mención de las pagas, vestimenta, impedimenta y honores que al ejército le corresponda.

Las levadas o suscripciones se hacen en las ciudades y villas, ante el Regidor o Corregidor, por Real Cédula, entre gentes de veinte a cuarenta años, eligiéndolos entre los más hábiles, instruyéndolos en la Ordenanza un capitán o el alguacil del pueblo, al compás de un pifano y atambor, si aquél era apto para ello, hasta nueva provisión.

A los que faltaban a las revistas y alardes, se les multaba, y la provisión se gastaba en "dar de beber" a los otros infantes, costumbre impuesta por Rengifo, que decía que la pena fuese pecuniaria y tal, que sirva a los otros "para hacer colación".

Muchas preeminencias se concedían a la tropa, menos la de hidalguía, disposiciones que se fueron completando con importante detalles que revelan la intensidad de trabajo del gobernanante.

A los que se asentasen en Madrid y su tierra, les eximía de los pechos reales, prometiéndoles para ello carta de privilegio.

Estas disposiciones fueron recibidas generalmente con entusiasmo en Castilla, acudiendo las gentes a alistarse en las banderas de la Ordenanza, saliendo los pueblos en masa los domingos a los campos a presenciar el nuevo espectáculo de "los alardes".

De todos sitios se alistaban con facilidad, pero de Andalucía decía Rengifo que no debían sacarse gentes porque "entran mal en la Ordenanza" y están acostumbrados a escaramuzar". De donde más se sacaron fué de Murcia y su tierra.

Una de las medidas más acertadas y discretas fué el no sacar ningún labrador del campo, ni artífice de su oficina, ni mercader de sus negocios, no perturbándose los pueblos en sus trabajos, estando al poco tiempo alistados 33.000 hombres, con general sorpresa de todas las Cortes de Europa, especialmente de la francesa, donde causó gran disgusto y revuelo, sin costarle nada a Su Alteza, y haciendo al mismo tiempo a Carlos el príncipe más poderoso del mundo.

El secretario de Su Alteza, Varacaldo, en carta remitida a nuestro representante Ayala en Flandes, así lo cuenta: "Si allá conociesen el gran bien y provecho que esta gente trae al Rey y al Reino, crea vuestra merced que canonizarían al Cardenal por el mejor gobernador que nunca fué; y que a los que van con esas quejas, que le echarían con todos los demonios... Pasan de 33.000 hombres los que han hecho, que es la más lucida gente que nunca Vuestra Merced vió; todos escogidos y muy bien armados, y personas conocidas y dispuestos, que vale mas uno que diez, y no como la otra gente que en Castilla se suele hacer de desorejados y ladrones y otros fugitivos, que ni son para nada, ni se debían contar entre gentes".

Pero al lado de estos éxitos y de estas alabanzas surgieron en algunos lugares serias resistencias, sobre todo donde algunos grandes señores tenían influencia, que veían en aquella tropa un firme apoyo de la autoridad y del pueblo contra su tradicional prepotencia, que pensaban, si no "chupar al Rey, bebellé la sangre y ponelle en necesidad, ya que el más bravo de los grandes deste Reino, no espera dar migas a un gato, ni hay hombre dellos que tenga un real ni una lanza, sino todo es palabras como el rui señor". Claro es que al Cardenal todas estas garrambainas le tenían sin cuidado, y maldito caso hacía de chismes y cuentos, pues que ni escuchó al Rey cuando éste, a raíz de firmarle la paz de Noyón, ordena a Cisneros en

carta que despida a la "gente de armas" de la Ordenanza, "tal vez a instancias del francés". Pero el Arzobispo contesta enérgico que "esta gente es la que hace al Rey, Rey, y a la justicia, justicia, y que ni francés ni turco no ose asomar las orejas ni por pensamiento, por lo que le valga".

Pero las fuerzas desatadas de la Naturaleza y de los hombres, a veces, ponen al traste los diques más poderosos, y cuando no los destruyen, los sacuden con furia, quedando quebrantados, pero enteros si son firmes y sólidos. Así ocurrió en Valladolid, cuya resistencia estuvo a punto de detener los planes de Cisneros, ya que se le enfrentaron el Almirante y el Presidente del Consejo. En otros lugares no alcanzaron esta resonancia los alborotos, continuando la leva con más o menos tropiezos en Logroño, Alfaro, Santo Domingo, Calahorra, Jaén, Córdoba, Alcaraz, Baeza, Andújar, Soria, Sevilla, Ecija, Burgos, en donde el hijo del Condestable, descontento con Cisneros, estorbó cuanto pudo la leva de gente en Burgos y La Bureva, donde consiguió no se asentase nadie, por lo que el Cardenal, en Real Cédula, obligó, por grado o por fuerza, a asentar los que le pareciera a Citores del Campo, su "continuo".

Lo de Valladolid se estuvo fraguando en Madrid por conciliábulos de los grandes, aunque el golpe vino de la capital castellana, donde el Almirante, venido de Madrid, levantó un tumulto que hizo época en los anales de la Ordenanza, alterando al pueblo con la ayuda de su hijo natural, el Obispo de Osma, que era don Alonso Enríquez, cuya hija, al casarse con un "marrano" (judaizante) le traía revueltas las bilis.

Tapia, el encargado de las levas, tuvo que huir, organizándose a continuación rondas armadas como si estuvieran en guerra. Simultáneamente, el displicente y orgulloso Presidente del Consejo de Castilla, el Arzobispo de Granada, don Antonio de Rojas, que estaba alojado en el mismo palacio del Regente, adonde acudían todos los políticos de la época, andaba a la caza de descontentos, minando el terreno al Cardenal, del cual era enemigo. A este astuto e intrigante personaje se le tachaba de haber sentido más la elección del Regente que la muerte de su Rey.

El Gobernante no ignoraba estas maquiavélicas actividades del imprudente mitrado, pero ni le daba importancia ni le hacía caso, por resignación cristiana, prudencia exquisita y superioridad de ánimo; nada se ocupaba de él. Más adelante, cuando el recio Cardenal, casi moribundo, le va a la mano, le hace entrar avergonzado y humillado en Aranda, desistiendo de un viaje emprendido sin su licencia y contra las conveniencias políticas.

En Valladolid movilizáronse 30.000 hombres para resistir a toda costa el alistamiento, que de nada valieron cuando aparecieron en las cercanías de la ciudad 800 lanzas de veteranos enviados por el Regente, y con órdenes de prender al Obispo de Osma.

Otras ciudades se contagiaron de esta resistencia, no perdiendo Cisneros por ello, ni un solo momento, el pulso ni el dominio de la situación, mientras los demás perdían la serenidad y les entraba el pánico ante la energía del fraile, que al mismo tiempo obraba con firme suavidad para llegar a su fin, tranquilo ante aquel ciclón, y en espera de la hora de intervenir a fondo.

Cansado, por fin, el Regente, de aplicar paños calientes, y sin excusa a la mitra del de Osma, que tanto había delinquido como alma del alboroto, mandó proceder contra él para su castigo. Este se creyó perdido por las grandes acusaciones de que era objeto, recurriendo al Rey para que intercediese con Cisneros, e impetrar su perdón, como así lo hizo el Monarca, accediendo a ello gustoso el Gobernador, suspendiendo el procedimiento incoado, que cambia su cabeza de motín por la amistad incondicional de Cisneros, nombrándose su agente para calmar los ánimos.

¿Cuál fué el motivo de este cambio tan radical? Diplomacia cisneriana, que llegó a manos del Osma con ciertas encomiendas. El caso es que todo se pacificó, quedando Valladolid, en paz y sosiego, muy adicta al Cardenal.

La creación de las Milicias Ciudadanas, como todas las innovaciones geniales, dió lugar a encontradas opiniones. Unos defendieron la obra del ilustre estadista, poniéndole otros graves reparos, siendo éstos de época posterior a la muerte de Cisneros, cuya política desatentada que se siguió desfiguró su obra, malográndose muchas de sus ventajas.

Cisneros, con la Ordenanza, no creó una enemiga para los grandes, aunque a éstos no les conviniera. Como amigo tiernísimo del pueblo, cualidad rara (pero necesaria) en los que gobiernan, creó con ello un instrumento de los que más les favorecía, con su acción eminentemente nacional y expansiva de los municipios, y la tónica de respeto de toda Europa, que esperaba o temía ver asomar por sus fronteras aquellos invencibles tercios de paso triunfal, cuya fuerza nacía del mérito individual de los soldados, de los cuales se dijo que "cinco mil españoles eran cinco mil hombres, cinco mil caballos, cinco mil cañones y... cinco mil demonios".

A la venida de Carlos V y muerte de Cisneros, murió el espíritu que las animaba, y los desaciertos gubernamentales las convirtieron en fuerza anárquica al servicio de las Comunidades, hasta que Felipe II, gran admirador del Cardenal, las restituyó a su primitivo esplendor y disciplina, habiendo sido la base de los ejércitos permanentes salvaguardia de las naciones y su pública tranquilidad.

Del Regente es la frase de que "NINGUN PRINCIPE PUEDE SER PODEROSO POR TIERRA, SI PRIMERO NO LO FUESE POR MAR", sentencia tan popularizada por los políticos de nuestros días, algunos de los cuales se abrogan su paternidad.

En el siglo XV estaba la Marina española en el apogeo de su desarrollo. Los castellanos hicieron artículo de comercio los navíos, en cuya construcción no tenían rivales, surtiendo a Inglaterra y Alemania de embarcaciones afamadas por su forma, solidez y facilidad de manejo, convirtiendo sus playas en astilleros de Europa. A este tenor eran sus ilustres marinos, que immortalizaban sus nombres en la flota de guerra.

Si Cisneros no creó la Marina militar, puso los medios para propulsarla. Hacía tiempo que en las atarazanas sevillanas no se construían barcos, consiguiendo rehabilitar los astilleros, sustituyendo la antigua galera por navíos de mayor tonelaje. El número de provisiones firmadas por Cisneros, relacionadas con las naves y flotas aventureras del Océano en los años de su gobierno es asombroso, gastándose en el sostenimiento de la flota 53.000 ducados mensuales.

El impulso dado a la Marina por el Regente fué uno de sus grandes aciertos, al par que le ocurrió el único fracaso. Su principal objetivo al construir una escuadra fué para defender las nuevas plazas conquistadas en las costas de Marruecos y las propias de Andalucía contra las incursiones del moro. Este fracaso imprevisto y súbito fué el desastre de Argel, debido a los terribles Horruich y Haradin (Barbarrojas), que también atacó la plaza de Bujia, y, como ya se dijo anteriormente, los sitiados del Peñón de Argel pidieron socorro y ayuda a Cisneros, por estar a punto de sucumbir, decidiendo el Regente mandar a Argel una gran escuadra de mucha gente.

(Continuará.)

mino de su retiro de El Escorial. Ahora, la efigie del monarca preside la vida de Madrid. Un Monarca joven y aguerrido. Porque Felipe II fué toda su vida eso: un gran luchador. Un esforzado paladín que, alejado del estruendo y de la gloria detonante de las batallas, consagró su vida a una lucha encarnizada por un ideal. Dios y España fueron sus nortes y su mirada no se apartó jamás de ellos, ni su voluntad flaqueó un solo momento en la entrega total al servicio de estos dos grandes ideales. Por eso Madrid, al trasladar el pedestal que tenía alzado en su corazón a la recoleta claridad de una plaza, muestra al mundo la figura joven de un Rey dispuesto a ponerse a la cabeza de sus ejércitos.

Se ha dicho que Felipe II, abrumado por la gloria militar de su padre, renunció al estrépito de las armas, cambió el olor de la pólvora por el del incienso y se dedicó a la paciente labor de tejer y destejer la Historia. Y aunque para esta batalla no se necesitasen ni peto ni coraza, era necesario tener un corazón aguerrido, poseer una estrategia y vivir la vida con un espíritu de campamento, dispuesto a reñir todas las batallas, a no dejarse sorprender por ninguna ofensiva y a salir airoso de cualquier encrucijada. Este es el Felipe II que vió Pompeyo Leoni y el que Madrid ha escogido para tener ante sus ojos. El Felipe II de la perseverancia en una lucha agotadora por los más altos ideales que puede tener la Humanidad. Y a fe que Madrid aprendió bien la lección que le dió su Rey. Lo demuestra su historia; una historia que a través de vicisitudes, adaptándose a los tiempos, ha sido inspirada por una fe y por un concepto del honor irradiados a toda España, que han hecho de nuestra Patria el más esforzado paladín del espíritu.

